

LA VIOLENCIA DE LO MUNDIAL

Jean Broudillard¹

El tema es la violencia de lo mundial, los acontecimientos del 11 de septiembre, pero yo comenzaré por las Torres Gemelas y su arquitectura, porque los atentados del 11 de septiembre también atañen a la arquitectura. Ha sido destruido uno de los edificios más prestigiosos de Nueva York, y con ello se ha golpeado a una cierta arquitectura así como a todo un sistema de valores occidentales y a un orden del mundo. Nada tiene de superfluo, pues, empezar con un análisis histórico y arquitectónico de las Torres Gemelas para entender el significado simbólico de su destrucción.

Y en primer lugar, ¿por qué las Torres Gemelas?

¿Por qué dos torres en el World Trade Center?

Todos los grandes rascacielos de Manhattan se habían limitado a enfrentarse en una verticalidad competitiva, cuyo resultado era un panorama arquitectónico a imagen del sistema capitalista, una jungla piramidal cuya célebre imagen se perfilaba cuando se llegaba por mar. Esta imagen se modificó en 1973 con la construcción del WTC. La efigie del sistema pasó del obelisco y la pirámide a la tarjeta perforada y el gráfico estadístico, y este grafismo arquitectónico ya no encarna a un sistema competitivo, sino digital y contable, en el que la competencia ha desaparecido en beneficio de las redes y el monopolio. Perfecto paralelepípedo de 400 metros de altura, sobre una base cuadrada, vasos comunicantes perfectamente equilibrados y ciegos —se dice que el terrorismo es ciego, pero las torres también lo eran—, monolitos, que no se abren al exterior y se someten a un acondicionamiento artificial. Que haya dos significa el fin de toda referencia original. De haber sólo una, el monopolio no se encarnaría a la perfección: sólo la reduplicación del signo pone verdadero fin a aquello que designa.

Existe una fascinación particular en esta reduplicación. Por altas que sean, las dos torres significan pese a todo una detención de la verticalidad. No son de la misma raza que los demás rascacielos, culminan en el reflejo exacto la una de la otra. Los rascacielos de Rockefeller Center todavía reflejan sus fachadas de cristal y de acero en una especularidad ilimitada de la ciudad. Las torres, en cambio, no tienen fachada, no tienen rostro. Al mismo tiempo que la retórica de la verticalidad, desaparece la retórica del espejo. Queda sólo una suerte de caja negra, una serie cerrada en la cifra dos, como si la arquitectura, a imagen del sistema, sólo emanara ya de la clonación o de un código genético inmutable.

Así pues, Nueva York es la única ciudad del mundo que resigue, a lo largo de toda su historia, con prodigiosa fidelidad, la forma actual del sistema y todas sus peripecias. Habrá que suponer, pues, que el hundimiento de las torres —evento único en la historia de las ciudades modernas— prefigura una forma de culminación dramática y, a la postre, de desaparición de esta forma de arquitectura y, a la vez, del sistema mundial que ella encarna. En su pura modelización informática, bancaria, financiera, contable y numérica, las torres eran en cierto modo su cerebro, y, golpeándolas, los terroristas han golpeado el cerebro, el centro neurálgico del sistema.

La violencia de lo mundial pasa también por la arquitectura y, por lo tanto, la oposición violenta a esta mundialización también pasa por la destrucción de esa arquitectura. En términos de drama colectivo, podría decirse que el horror, para las cuatro mil víctimas, de morir en esas torres es inseparable del horror de vivir en ellas, el horror de vivir y trabajar en esos sarcófagos de hormigón y acero.

¹ *La violencia del mundo*, Ed. Paidós 2004

Esos monstruos arquitectónicos, como el centro Beaubourg, siempre han ejercido —al igual que las formas extremas de la tecnología moderna en general— una fascinación ambigua, un sentimiento contradictorio de atracción y repulsión, y, por ello, en algún lugar, un secreto deseo de verlos desaparecer. En el caso de las Torres Gemelas, a eso se agrega un elemento particular: precisamente, su simetría y su gemelaridad. Sin duda, en esa clonación y en esa perfecta simetría hay una cualidad estética, pero también una especie de crimen perfecto contra la forma, una tautología de la forma que puede acarrear, por una repercusión violenta, la tentación de romper esa simetría, de restituir una asimetría y, por lo tanto, una singularidad.

Su destrucción misma respetó la simetría de las torres: doble agresión con pocos minutos de intervalo. Suspense entre los dos impactos. Después del primero, todavía es posible creer en un accidente. Sólo el segundo impacto confirma el acto terrorista. Y en la caída de un Boeing en Queens, un mes después, las televisiones quedaron a la espera, en el aire (por lo menos en Francia) durante más de cuatro horas, aguardando un eventual segundo impacto en directo. Como no se produjo, jamás sabremos si se trató de un accidente o de un atentado.

El hundimiento de las torres es el acontecimiento. Imaginen que no se hubieran simbólico capital hundido o que sólo lo hubiera hecho una: el efecto no habría sido en modo alguno el mismo. La prueba patente de la fragilidad del poder mundial no habría sido la misma. Las torres, que eran el emblema de ese poder, lo siguen encarnando en su dramático final, que se asemeja a un suicidio. Viéndolas caer por sí mismas, como por implosión, se tenía la impresión de que se estaban suicidando, en respuesta a los suicidios de los aviones suicidas.

¿Las Torres Gemelas fueron destruidas o se derrumbaron? Me explico: las dos torres son al mismo tiempo un objeto físico, arquitectónico, y un objeto simbólico (simbólico del poder financiero y del liberalismo mundial). El objeto arquitectónico fue destruido, pero el verdadero objetivo, lo que se quería aniquilar, era el objeto simbólico. Quizás alguien piense que la destrucción física fue la causante del derrumbamiento simbólico. Pero, de hecho, nadie —ni siquiera los terroristas— contaba con la destrucción total de las torres. De modo que, en realidad, fue su derrumbamiento simbólico ^ causante de su derrumbamiento físico, y no al revés.

Como si el poder que sostenía esas torres perdiera repentinamente toda su energía, toda su fuerza, como si ese poder arrogante cediese bruscamente bajo el efecto de un esfuerzo demasiado intenso: precisamente, el de querer siempre ser el único modelo del mundo.

Así pues, las torres, fatigadas de ser ese símbolo demasiado pesado de soportar, se derrumbaron, esta vez físicamente, del todo. Sus nervios de acero se partieron, se desplomaron verticalmente, sin fuerzas, ante las estupefactas miradas del mundo entero. El derrumbamiento simbólico se produjo, así pues, por una especie de complicidad imprevisible: como si el sistema entero, por su fragilidad interna, participara en el juego de su propia liquidación, y por lo tanto en el juego del terrorismo. Es tan lógico como inexorable que el aumento de poder del poder exacerbe la voluntad de destruirlo. Pero hay más: en algún lugar, él mismo es cómplice de su propia destrucción.

Las innumerables películas de catástrofes son un testimonio de ese fantasma, conjurado a través de la imagen y los efectos especiales. Pero la fascinación que ejercen es el signo de un paso al acto que siempre anda cerca: la denegación de todo sistema, incluyendo la denegación interna, tanto más intensa cuanto más se aproxima a la perfección y a la omnipotencia.

Se ha dicho: «El propio Dios no puede declararse la guerra». Y bien, si que puede. Occidente, en la posición de Dios (de omnipotencia divina y de legitimidad moral absoluta), se vuelve suicida y se declara la guerra a sí mismo.

Podríamos ir más lejos y decir que, incluso en su fracaso, los terroristas tuvieron éxito más allá de sus esperanzas, al fallar el golpe a la Casa Blanca al tiempo que acertaban en las torres más allá de sus objetivos. Al fallar el blanco White House, mostraron involuntariamente que ése no era el blanco esencial, que el poder político no significaba en el fondo gran cosa, y que el poder estaba en otra parte.

En cuanto al problema de qué debería reconstruirse en lugar de las torres, es irresoluble. Simplemente porque no cabe imaginar nada equivalente que valga la pena destruir, que sea digno de ser destruido. Valía la pena destruir las Torres Gemelas: no puede decirse lo mismo de muchas obras arquitectónicas. La mayoría de las cosas no son dignas de ser destruidas o sacrificadas. Sólo las obras de prestigio merecen serlo, porque es un honor. Esta proposición no es tan paradójica como parece, y plantea una cuestión fundamental a la arquitectura: sólo debería construirse aquello que, por su excelencia, sea digno de ser destruido. Hagan la lista en función de este interrogante radical, y verán qué sucede: no mucho resistiría esta hipótesis extrema.

Llegamos por este camino a la que debería ser la cuestión fundamental de la arquitectura, y que los arquitectos nunca plantean: la de aquello que no es normal erigir ni construir. Debemos reservarle a esta empresa su carácter absolutamente anormal, insólito, problemático, y cuya única excusa sería que aspira a borrarse y volverse invisible.

Todo está en el primer instante. Todo se encuentra conjugado de inmediato, en el choque de los extremos. Y si eludimos ese momento de estupor, de admiración —inmoral, es cierto, pero que condensa, a través de la inmoralidad de la imagen, la asombrosa intuición del acontecimiento—, si rechazamos ese momento, perdemos toda posibilidad de comprender. Si el primer pensamiento es el de decir: esto es monstruoso, esto es inaceptable, entonces toda la intensidad, todo el impacto del acontecimiento se pierde en consideraciones políticas y morales. Todos los discursos nos alejan irrevocablemente del acontecimiento y jamás podremos volver a acercarnos a él, no más que al Big Bang o al crimen original.

Así pues, a un acontecimiento único le corresponde una reacción única, inmediata e inapelable. Una reacción que emplee en cierto modo la energía potencial del acontecimiento, puesto que cuanto le seguirá, guerra incluida, no será más que una forma de dilución, de extenuación progresiva. De ahí la dificultad de regresar indefinidamente al comentario: sería un poco como pedirle a los terroristas que repitieran su acto a cámara lenta, llave en mano y con manual de instrucciones.

El acontecimiento está ahí en primer lugar. El acontecimiento y la imagen están ahí en primer lugar, simultánea, inextricablemente. Acontecimiento-imagen. Imagen-acontecimiento. Habitualmente, en nuestro universo mediático la imagen está ahí en lugar del acontecimiento. Lo sustituye, y el consumo de la imagen agota el acontecimiento por delegación. Esta visibilidad de sustitución es la estrategia misma de la información, es decir, en realidad, la búsqueda de la ausencia de información por todos los medios. Del mismo modo que la guerra actual es la búsqueda de la ausencia de política por otros medios.

De modo que la guerra de Afganistán no es una guerra, pero lo que nos cuentan de ella los medios de comunicación tampoco es información. Todo se iguala, el juego es igual. El hecho de que no haya información compensa en cierto modo el hecho de que no haya guerra, en una especie de anulación mutua como aquella de la que habla Bertolt Brecht en sus «diálogos de exiliados».

Así pues, en el régimen normal de los medios la imagen sirve de refugio imaginario contra el acontecimiento. Es una forma de evasión, de conjuro del acontecimiento. En este sentido, es una violencia ejercida contra el acontecimiento. En el caso del WTC, en cambio, hay sobrefusión de los dos, del acontecimiento y de la imagen, y la imagen misma deviene acontecimental. Asimismo, en un acontecimiento tan excepcional, hay sobrefusión de la realidad y de la ficción. No hay, pues, pérdida de realidad, sino, por el contrario, un plus de realidad ligado a un plus de ficción, y en cierto modo estamos ante un hecho simbólico total al igual que Mauss hablaba del hecho social total.

En este estadio extremo, tanto la imagen como el acontecimiento se vuelven inimaginables. Eso es, por otra parte, lo que todo el mundo se dijo cuando vio derrumbarse las torres: ¡es inimaginable! Y, en efecto, no hay representación posible de este acontecimiento. Es irrepresentable para todo discurso o interpretación, sean éstos políticos, económicos o psicológicos. En tanto que acontecimiento puro, está más allá de todo eso. Y si no es representable, es que no es real propiamente hablando: es, a la vez, no real y más que real. En lugar de producir información o generar una información llamada «real», produce incertidumbre, una inmensa incertidumbre, porque justamente rompe la sucesión lineal de los hechos «reales» y la sucesión lineal, ininterrumpida, de las imágenes. Incluso en mitad del tropel de acontecimientos insignificantes e imágenes banales con que tratamos, significa una detención brutal de la imagen, una detención violenta del mundo, una detención violenta en la cadena de la información.

Al igual que no existe representación posible, no existe propiamente hablando difusión de semejante acontecimiento. Es a la vez espectacular y clandestino. No hay difusión, sino una especie de difracción (como un fenómeno fractal), de destilación, de silenciosa eficacia que por supuesto todos tratan de diluir en los comentarios, que son como sus metástasis.

En el fondo, en tanto que acontecimiento puro, este acontecimiento ya ha desaparecido (¡como Bin Laden!). Su destino es desaparecer en un inmenso trabajo político e ideológico de mistificación, que de hecho es un trabajo de duelo. Es preciso borrarlo. Es preciso que todas las consecuencias sean borradas por el discurso. Es preciso regresar al curso normal de las cosas, del cual la guerra forma parte.

El hundimiento de las torres del WTC es inimaginable, pero eso no basta para convertirlo en un acontecimiento real. Un incremento de violencia no basta para abrirnos a la realidad. La realidad es un principio, y ese principio es lo que se ha perdido.

Lo real y la ficción son inextricables, y la fascinación del atentado es en primer lugar la de la imagen: las consecuencias simultáneamente jubilosas y catastróficas son en sí ampliamente imaginarias.

En este caso, pues, lo real se agrega a la imagen como una prima de terror, como un estremecimiento más. No sólo es terrorífico, además es real. No es que la violencia de lo real esté ahí en primer lugar y se le agregue el estremecimiento de la imagen, sino que la imagen está ahí en primer lugar y se le agrega el estremecimiento de lo real. Algo así como una ficción de más, una ficción que supera a la ficción. Ballard (siguiendo a Borges) hablaba de reinventar lo real, como la última y más temible de las ficciones.

Esta violencia terrorista no es, pues, un rebrote de realidad, ni tampoco de historia. Esta violencia terrorista no es «real». Es peor, en cierto sentido: es simbólica. La violencia en sí puede ser perfectamente banal e inofensiva. Sólo la violencia simbólica genera singularidad. Y en ese acontecimiento singular, en esa película de catástrofes en Manhattan, se conjugan al máximo los dos elementos de fascinación de masas del siglo XX: la magia blanca del cine y la magia negra del terrorismo; la luz blanca de la imagen y la luz negra del terrorismo.

En este sentido, el acontecimiento es siempre primero e imprevisible.

Así, el de Nueva York fue muchas veces imaginado como guión (El coloso en llamas...) por Hollywood o por la CÍA, pero nunca imaginado como posible. Se mantuvo, por lo tanto, totalmente imprevisto. Los guiones virtuales son capaces de agotar todas las eventualidades, pero nunca el acontecimiento en sí. Ahora bien, reales o eventuales, la mayoría de las cosas no constituyen acontecimiento. Son del orden de la continuidad de las causas y los efectos. El acontecimiento, por su parte, en sentido propio, es del orden de la discontinuidad y la ruptura. En este sentido, todo acontecimiento digno de ese nombre es terrorista. Es una forma de paso al acto simbólico y por ello es fuente de una fascinación singular. El equivalente de un atractor extraño.

Se ha dicho que los acontecimientos del 11 de septiembre constituían un retorno en toda regla de lo real en un mundo devenido virtual, con una especie de nostalgia por los viejos valores seculares de lo real y de la historia, aunque sea violenta, pero no se trata de eso. No se trata en absoluto de la irrupción de lo real, sino de lo simbólico, de la violencia simbólica descrita por lo que yo denominaría el intercambio imposible de la muerte.

Existen diferentes hipótesis posibles sobre el terrorismo, de la hipótesis cero a la que yo denominaría soberana. Salvo esta última, todas ellas tienden a atribuirle un sentido histórico, político, religioso, psicológico y, de este modo, a borrar su singularidad.

La hipótesis cero es que el acontecimiento terrorista no tiene una particular importancia. Es insignificante, no hubiera debido existir y, en el fondo, no existe. No es más que una peripecia accidental en el trayecto mundial hacia el bien y la felicidad. Coincide en este punto con la visión teológica, según la cual el mal no es más que una ilusión.

Segunda hipótesis: son locos suicidas, fanáticos de una causa pervertida, psicópatas asimilables a *serial killers* y que deben ser eliminados como tales (ya vemos, por otra parte, la suerte que han corrido en Guantánamo). Es la tesis más general de una manipulación de los propios terroristas por parte de algún poder maléfico, la tesis del complot. Esta tesis se prolonga en la idea de que el terrorismo se limitaría a explotar el resentimiento y el odio de todos los pueblos oprimidos para justificar su violencia y su furia destructiva. Y la idea reaparece, si bien de forma inversa, en la tentativa de justificar el terrorismo como expresión real de la desesperación de los pueblos oprimidos de toda la tierra. Hipótesis máxima, en tanto es la última tentativa de darle al terrorismo una especie de causa objetiva y, por lo tanto, de razón histórica. Pero si lo miramos con detenimiento, esta tesis basada en la desesperación es, a su vez, desesperada. Condena al terrorismo a ser un gesto de impotencia, una confesión de impotencia que representa la miseria mundial sólo para dinamitarla en un gesto definitivo.

Por otro lado, si hubiera que encontrar una causa o una condición objetiva de posibilidad del terrorismo, entonces la dominación del resto del mundo sería, ciertamente, una de ellas, pero también el sofisticado sometimiento —el nuestro— a una tecnología integral, al superdesarrollo que hace de cada existencia individual un objeto de total indiferencia, e incluso de odio y contratransferencia. Y eso en los países superdesarrollados. Puede darse ahí un rechazo de esa realidad virtual aplastante, de esa supremacía técnica y artificial, también vivida como dominación y secreta humillación. Todo lo cual puede acarrear una denegación violenta en forma de represalias, por así decir, frente a ese exceso de realidad. En el fondo, tal vez la desesperación se encuentre en los dos bandos.

También existe la posibilidad de reconocer en el terrorismo una forma de acción política y de afirmación de la voluntad propia, como un proyecto y una pretensión justificada de oponerse al orden mundial. En tal caso, sin embargo, se denuncia acto seguido su

fracaso y la manipulación por parte del propio sistema. Es la versión, entre otros, de Arundati Roy, la escritora india que al denunciar ese poder mundial denuncia simultáneamente al terrorismo como su hermano gemelo, gemelo diabólico del sistema, donde el sistema sería el cáncer y el terrorismo su metástasis.

Así pues, el terrorismo es visto esta vez como doble cómplice, como mecanismo de feedback, fuerza de oposición prácticamente necesaria en una dialéctica perversa que fundamenta al imperio, como máquina infernal y movimiento perpetuo. El poder del mal como regenerador del poder divino. Otra vez ahí, en el fondo, una proposición casi teológica. Se puede llegar al extremo de imaginar que si el terrorismo no existiera, el sistema lo habría inventado, y ver en los atentados de Nueva York, como se ha hecho, un golpe de la CÍA. Dialéctica asimismo desesperada, pues equivale a suponer que nada puede constituir acontecimiento contra el sistema, que toda denegación y toda violencia es a priori cómplice del curso de las cosas, del curso inexorable de la globalización. Es negar toda la singularidad, toda la violencia específica y el momento mismo del acontecimiento. Es descalificar no sólo las intenciones de los actores sino aquello que su acción pone en juego. Es juzgar y devaluar la acción en función de su resultado, de sus así llamadas consecuencias objetivas, y nunca en sí misma, en su poder simbólico puro.

Podríamos, por otra parte, darle la vuelta a esta dialéctica y decir igualmente que el orden mundial es el que genera su propia denegación y que este poder terrorista de denegación se aprovecha de cualquier incremento en el poder del sistema para ir creciendo a su vez en una suerte de persecución, una carrera contra reloj donde todo está aún por decidir.

Si la pretensión del terrorismo era desestabilizar el orden mundial o desestabilizar el Estado, como se decía antes, entonces es absurda. El orden mundial o el Estado son ya tan inexistentes, propiamente hablando, y fuente de un tal desorden y de una tal desestabilización, que de nada sirve querer incrementarlos. Se corre incluso el riesgo de que, a través de este desorden suplementario, se acabe reforzando el orden y el control estatal, como estamos viendo hoy en la implantación de nuevas medidas de seguridad por todas partes.

¿Podría ser éste el sueño de los terroristas? En el fondo, ellos sueñan con un enemigo inmortal, porque si éste deja de existir, resulta más difícil destruirlo. Semejantes tautologías no se inventan, pero el terrorismo es tautológico y su conclusión constituye una suerte de silogismo paradójico: si el Estado, existiera realmente, daría al terrorismo un sentido político. Como es obvio que éste no tiene ninguno —sus consecuencias son entre nulas y utópicas—, esto prueba que el Estado no existe. Es un modo de ratificar el fin de lo político como también el fin de la guerra, y su carácter irrisorio, del concepto de guerra, ampliamente superado hoy en día por un enfrentamiento asimétrico.

¿Cuál es, entonces, el mensaje secreto de los terroristas?

Hay una fábula de Nasreddin en la que le vemos cruzar todos los días la frontera con unas muías cargadas de sacos. Cada vez lo registran, registran los sacos, pero nunca encuentran nada. Y Nasreddin sigue cruzando la frontera con sus muías. Tiempo después, se le pregunta qué podía estar pasando de contrabando. Y Nasreddin responde: «Pasaba mulas...».

Del mismo modo se buscan toda clase de interpretaciones al acto terrorista, en términos de religión, de martirio, de venganza o de estrategia política. ¿Qué se esconde ahí?

¿Cuál es el objetivo? ¿Cuál es el verdadero objeto de contrabando?

El mensaje secreto es, simplemente, según parece, a través de eso que se nos muestra como un suicidio, el intercambio imposible de la muerte, el desafío al sistema mediante el don simbólico de la muerte, en cierto modo el arma absoluta. Y parece que las torres

del WTC hayan comprendido el mensaje, repercutiéndolo en una suerte de inteligencia inmediata, de inteligencia profunda y de complicidad con el mal.

Más allá de todas estas hipótesis, no veo otra cosa que esa hipótesis soberana, que yo denomino soberana en el sentido en que Nietzsche hablaba de la hipótesis soberana del devenir. (Está la hipótesis cero de la inercia, la hipótesis mínima del cambio, la hipótesis máxima de la historia y la hipótesis soberana del devenir.)

En el caso del terrorismo, la hipótesis soberana es la que trata de pensarlo más allá de los actores y de la violencia espectacular, como el surgimiento de un antagonismo radical en el corazón mismo del proceso de globalización, de algo irreductible, en su singularidad, a esa realización integral, técnica y mental del mundo, a esa evolución inexorable hacia un orden mundial consumado, una consumación del mundo bajo el signo de un poder definitivo. Y eso tanto si vemos, en el terrorismo en todas sus formas, un contrapoder vital enfrentado al poder de muerte del sistema —el de una globalización inapelable— como un poder de muerte, es decir, de división, de denegación, enfrentado a un poder positivo de reconciliación total, de un mundo totalmente soluble en el intercambio. Sería, pues, un poder capaz de desafiar y poner en jaque a eso que yo llamaría la identificación total del mundo y que, por supuesto, aumenta en violencia y virulencia a medida que el propio sistema aumenta en empuje y coherencia, hasta un acontecimiento de ruptura como el de las Torres Gemelas, que por supuesto no resuelve en absoluto ese antagonismo, pero de golpe lo reviste de una dimensión simbólica.

La hipótesis soberana en el fondo dice que el terrorismo no tiene sentido ni objetivos y que no se mide por sus consecuencias reales, políticas o históricas. Y como no tiene sentido —en el sentido en que nosotros lo entendemos—, constituye un acontecimiento en un mundo cada vez más saturado de sentido, de finalidad y de eficacia. Tal es el espíritu del terrorismo, su estrategia implícita: jamás se podrá vencer al sistema en términos de relación de fuerzas, ése es el imaginario eventualmente revolucionario impuesto por el propio sistema, el cual sólo sobrevive reconduciendo sin cesar a quienes lo atacan en el terreno de la realidad, que es para siempre el suyo. Lo que hay que hacer es desplazar la lucha a la esfera simbólica, donde la regla es la del desafío, la reversión, la escalada, de modo que a la muerte sólo se le pueda responder con una muerte igual o superior. Desafiar al sistema con un don al que no pueda responder si no es con su propia muerte y su propio derrumbamiento. La hipótesis terrorista es que el propio sistema se suicide en respuesta al desafío múltiple de la muerte y el suicidio. Porque ni el sistema ni el poder escapan a la obligación simbólica: la de responder so pena de perder el rostro.

En este vertiginoso ciclo del intercambio imposible de la muerte, la del terrorista es un punto infinitesimal que, sin embargo, provoca una aspiración, un vacío, una convección gigantesca. Alrededor de ese punto ínfimo, todo el sistema —el de lo real y el del poder— se densifica, se tetaniza, se repliega en sí mismo y se abisma en su propia sobreeficacia. La táctica del modelo terrorista consiste en provocar un exceso de realidad y hacer que el sistema se desplome bajo ese exceso de realidad. Toda la irrisión de la situación y, al mismo tiempo, la violencia movilizada del poder se vuelven contra él, ya que los actos terroristas son a la vez el espejo exorbitante de su propia violencia y el modelo de una violencia simbólica que le está vedada, la única violencia que no puede ejercer: la de su propia muerte.

Por ese motivo todo el poder visible no puede hacer nada contra la muerte ínfima pero simbólica de unos cuantos individuos.

Lo que puede surgir del estallido del sistema mundial son, en este sentido, singularidades. Las singularidades, sin embargo, no son ni positivas ni negativas. No

son una alternativa al orden mundial, están en otra escala, no obedecen a un juicio de valor y, por lo tanto, pueden ser lo mejor o lo peor: su único beneficio absoluto es el de romper el yugo de la totalidad. No se las puede federar en una acción histórica de conjunto. Son la desesperación de todo pensamiento único y dominante, pero no son un contrapensamiento único. Inventan su propio juego y sus propias reglas del juego. Yo diría que la singularidad es lo que es del orden del intercambio imposible.

La singularidad no es forzosamente violenta, puede ser sutil. Puede ser la singularidad de las lenguas, del lenguaje, del arte, la cultura, y también del pensamiento, siempre que no se cambie por la verdad o por la realidad. Pero hay otras singularidades, éstas sí violentas, y el terrorismo es una de ellas. Es una singularidad porque pone en juego la muerte, que sin duda es la singularidad última, la singularidad radical. En el acontecimiento terrorista de Nueva York todo se juega en la muerte, no sólo por la irrupción de la muerte en directo —en tiempo real en las pantallas— que barre de un solo golpe todos los simulacros de violencia y muerte que cotidianamente nos son destilados en dosis homeopáticas, sino también por la irrupción de una muerte mucho más que real, simbólica y sacrificial, es decir, el acontecimiento absoluto e inapelable. El terrorismo es el acto que restituye una singularidad irreductible en el corazón de un sistema de intercambio generalizado. Y todas las singularidades, ya sea al nivel de la especie, del individuo o de las culturas, que han pagado con su muerte la instauración de esa circulación mundial de los intercambios, regulada por una única potencia, se vengan hoy en esta transferencia terrorista de situación. Pero el propio sistema es quien ha creado las condiciones objetivas de esta reacción brutal: al reunir todas las cartas en su mano, obliga al Otro a cambiar el juego y a cambiar las reglas del juego. Las nuevas reglas del juego son feroces, porque lo que está en juego es feroz. A un sistema cuyo exceso de poder le plantea un desafío insoluble, los terroristas responden con un acto cuyo intercambio mismo es insoluble e imposible. Terror contra terror, pues. Pero el terror no es la violencia. No es una violencia real, determinada, histórica, ésa que tiene una causa y un fin. El terror no tiene fin, es un fenómeno extremo, es decir, que en cierto modo está más allá de su fin: es más violento que la violencia. Hoy, lo sabemos, cualquier violencia tradicional regenera el sistema, a condición de que posea un sentido. La única amenaza real para el sistema es la violencia simbólica, la que carece de sentido y no aporta alternativa ideológica alguna. Y es obvio que el terrorismo no aporta ninguna alternativa ideológica o política. En este sentido constituye un acontecimiento y es objeto de un júbilo particular: en el paso al acto simbólico, júbilo que nunca encontramos en lo real o en el orden real de las cosas.

En suma, y para concluir, con las torres del WTC una pantalla protectora cayó definitivamente, y, en los restos del espejo roto, buscamos desesperadamente nuestra imagen.

Marx decía: «Un espectro acosa hoy a Europa: es el comunismo». Nosotros podríamos decir: «Un espectro acosa hoy al orden mundial: es el terrorismo».

Y, sin duda, hay una razón profunda en ello: lo insoportable no es tanto la desgracia, el sufrimiento o la miseria, como el poder mismo y su arrogancia. Lo insoportable e inaceptable es la emergencia de ese poder mundial totalmente nuevo.